

Ruy de Luna-Viña

DON VICENTE

(*Ideas y Figuras. Revista semanal de crítica y arte*, nº 6, 29-6-1909)

Lector: si la sonrisa de Fígaro no te es extraña, léeme

Antes que conferencista, prefiero a don Vicente legionario de la cinta roja: pláceme más verle caballero condecorado, hombre oficial que sonrío y galantea y se inclina, que tribuno de gentíos dispuestos a entusiasmarse por cualquier gesto esbozado a flor de verbo; pláceme, ante todo, el Blasco Ibáñez mío (que nunca podrá ser el republicano don Vicente) gallardo por su prosa, sugestivo por su donosura en el pensar, exquisito por su gentileza en el sentir —y hondo por sobre todas las dotes de su ingenio, que es el mayor elogio.

Cuando yo le leí por vez primera en la paz de un lugarejo de provincia, niño precoz u hombre loco, sentí bien cerca de mí las aromas del huerto valenciano, llevadas por la brisa de la tierra levantina, que vive al sol y se orea junto a la ribera de donde partió un día *Flor de mayo*; cuando su alma —un fragor— le dio a la mía —un estallar de ola impotente— toda la amplia grandeza de su rebullir, nunca calmado, sentí por el poseedor de aquella alma —un Vicente Blasco Ibáñez, según el decir de los libros— el agradecimiento del que ve hecha obra la palpitación de un ideal escurridizo y anónimo, polvo entre las ruinas de una juventud que yo juzgara incapaz —y que quizá lo sea ciertamente. Entonces, entre la llamarada de la barraca próxima a extinguirse en pavesas, yo vi que se erguía, luminoso con luz propia, más vivida que la irradiada por el incendio, la figura tallada en roble de un gigantón magnífico que decía, a voces de cíclope: «Mis manos de barro han forjado mi obra en acero: aprende a ver en mí la quintaesencia del brío y el corolario de la fuerza; y si algún día decaigo, o me agoto o claudico, dilo en grito de admonición, lo más vibrante, para que yo te oiga y aprecie con mi mejor voluntad el valor de tus palabras».

Y hoy, llegada la hora, lo digo: «¡Me han cambiado al maestro!».

Niego que haya escrito *Sangre y arena* quien troqueló *Cañas y barro*; no creo, tampoco, que el autor de *Los muertos mandan* sea el artífice de *La maja desnuda*, así como se me antoja que el conferencista de la leyenda inquisitorial de España no es sino un chusco disfrazado hábilmente por el señor Atlántico, que es un mago muy travieso, con su poquitillo de perversidad.

Yo protesto de la suplantación —o del engaño— y para dar fiel prueba de que el don Vicente de las conferencias es apócrifo, no vacilo en preparar la máquina fotográfica, aprestar las cuartillas y requerir la pluma, encaminándome rumbo a Valencia en busca del legítimo Blasco Ibáñez que debe estar escondido en la Malvarrosa o en los talleres de su colaborador industrial, el próspero Sempere.

*¿Qué le parece Valencia?
me preguntan por doquier;
aún de mi opinión conciencia
no tengo: tened paciencia,
dejadme a Vicentet ver,*

digo, descomponiendo los versillos de don José, a los repórters que han invadido mi alojamiento.

—Nada, señores, dejadme. Valencia es encantadora, sí, pero ello es cosa que no me interesa: yo solo he venido a descubrir el paradero de vuestro grande hombre, que no en Buenos Aires, sino aquí, vive su gloriosa vida de personaje ilustre....

—¡Y con harta razón! Aquí le tenemos, desde que retornó de Oriente; y si usted se da prisa, lo encuentra ahora mismo en casa de Sempere... —dice uno de los repórters galantemente.

Sin oír más, escapo hacia la calle. Un simón que pasa invita a subir.

—¡A casa de Sempere, pronto! —Y me hundo en les cojines, gozando de mi triunfo, todo palpitante de júbilo. Al fin, ciertos eran los barruntos de una posibilidad posibilísima que alguien llamara insensatez.

Entre un montón de pruebas, que corrige rápidamente, el busto del maestro escorza su contorno de trazas vigorosas; mientras una mano apunta enmiendas, la otra se agita en el aire como pidiendo erratas y más erratas...; y así, afanado por completo en la labor.

—Maestro —digo— levante el rostro y míreme: hablo así, rudamente, porque quiero que se me atienda y responda con exacta conciencia, sin divagaciones inútiles.... ¿Es usted Don Vicente?

—Sí, don Vicente Blasco Ibáñez, novelista, socio de Sempere, caballero de la Legión de Honor, propuesto académico, ex-diputado, republicano anticlerical, corresponsal de diarios americanos, fundador de *El Pueblo*, árbitro del tribunal de las aguas ¡y el primer ciudadano de Valencia!..., Ese, soy yo.

—Bien, aplaudo ¡magnífico! Solo que le falta a usted la placa de Isabel la Católica o la de Carlos III...

—Y la tendré, la tendré... ¡Mi pecho es bastante amplio para que las condecoraciones de mis abuelos los hidalgos de la Inquisición y la Conquista quepan en él, con todo el prestigio de su pasado esplendoroso, que yo, republicano, acato y reverencio! Y basta... salga usted...

—Un momento, maestro... ¿No será usted, también, el que da conferencias en Buenos Aires?

—¡Nunca! Falso de toda falsedad; pues ¿quién se figura que yo, al igual de ese papanatas de Anatole Frailee, puedo abandonar, en el período de más exaltada inspiración, mi genial obra inconclusa? Ella será la indiscutible, la definitiva.... Vea usted, las primeras pruebas...

—¿Qué título lleva?

—*La voluntad de vivir.*

—¡Oh, no creo! Esa novela, que usted simula corregir en pruebas de imprenta, está, no solo terminada, sino impresa, encuadernadita y secuestrada de las librerías en aquel cuartito que hay allí, a toda llave...

—¡Silencio, indiscreto! ¿Cómo se ha enterado usted de lo que todos debían ignorar?... ¡Sempere!... Que encierren a este hombre junto con *La voluntad de vivir*...

A mis protestas, se me amordaza; y cual si fuese un volumen más, se me encierra junto con los otros que se apolillan de rabia en la obscuridad desesperante del secuestro... ¡empolvados e inútiles!

Don Vicente: como logré escapar de mis cientos de amigos los libraquitos encerrados —cuyas misteriosas páginas leí con ávida voluptuosidad— he de narrar, alguna vez, lo que allí se dice sobre los rastacueros sudamericanos que derrochan en París sus billetes, en nombre, y para blasón, de la Atlántida que recibe a sus modernos conquistadores con una sonrisa siempre amable y una mano siempre pródiga...

Don Vicente: yo soy nieto de conquistadores. Por eso hablo así, como un recio hidalgo que después de haber apurado hartas copas se chanceara, en fabla juguetona, del misterio de ciertos hechos... tan peregrinos como curiosos.

Por lo demás, en mi altar habrá siempre un cirio de devoción para el autor de *La maja desnuda* —¡esa maja que tendrá en el lienzo y en las letras vida inmortal!